

Urdiendo el tejido exterior para el Nuevo Estado: la política internacional del Primer Franquismo

MATILDE EIROA SAN FRANCISCO

ABSTRACT

A lo largo de este artículo se realiza un análisis diacrónico de cuál fue la evolución del entramado de relaciones diplomáticas del franquismo desde la misma Guerra Civil hasta los años inmediatamente posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Consecuentemente, se realiza una reflexión sobre la postura ideológica cambiante que la Nueva España hubo de proyectar al exterior en función de tres objetivos que se sucederían en el tiempo: en primer lugar, el de ser reconocidos como gobierno legítimo; a continuación, el de la neutralidad y «no beligerancia» en la contienda mundial y, finalmente, superar el aislamiento internacional posterior.

POSICIONAMIENTO DE LOS SUBLEVADOS EN LA SOCIEDAD INTERNACIONAL

Aunque la internacionalización de la guerra civil española no estuviera prevista en el esquema europeo de entreguerras, lo cierto es que la intervención de las potencias fascistas y los temores de Gran Bretaña y Estados Unidos sobre la posible *sovietización* de la República española, fueron circunstancias que provocaron la alerta de multitud de cancillerías extranjeras.

La naturaleza agresora de los fascismos y la orientación antisoviética de Hitler quedó demostrada con la ayuda alemana e italiana al bando del General Franco. El 1 de noviembre de 1936 quedaba rubricado el Eje Berlín-Roma, seguido por el Pacto Antikomintern con Japón el 25 de ese mes. El Plan de Cuatro Años anunciado por el Führer en 1936 señalaba el comienzo del intenso programa de rearme que se proponía desarrollar la Alemania nazi tanto para iniciar su campaña de conquistas y de formación de una red de aliados como para una previsible guerra contra la URSS. Coherentemente con sus planteamientos políticos, los sublevados optaban por introducirse en el amplio sistema de alianzas que tejían los sistemas fascistas del momento ante la inoperancia de las

democracias occidentales. De este modo, tras la remilitarización de Renania y la conquista de Etiopía, la presencia nazi-fascista en la guerra civil española suponía un eslabón más en la larga cadena de ofensivas que desembocaron en el estallido de la Segunda Guerra Mundial.

El compromiso de Franco con el Eje fue firme y sincero desde los primeros días de la sublevación. Razones estratégicas, políticas, ideológicas, económicas y militares explican la injerencia del Eje y la identificación del General Franco con sus líderes¹. Con anterioridad a esta fecha Hitler se había mostrado indiferente hacia España; no existe referencia alguna en sus escritos de pensamiento político excepto una breve anotación en el llamado *Segundo Libro*, donde la cita como aliado potencial junto a Hungría y esto por contraposición de intereses con la actividad colonial francesa en el área norteafricana.

El rumbo a seguir en política exterior estaba claro para la Junta Técnica del Estado y se afianzó con la formación del primer gobierno de Franco constituido en Burgos en febrero de 1938: tenían que emprender todo tipo de acciones diplomáticas para introducirse en la Europa italo-alemana centrada en la construcción de un sistema defensivo que agrupaba a los estados nazi-fascistas. Franco se dio cuenta rápidamente de la importancia de los apoyos exteriores para el éxito de su empresa y de la pertenencia a esa red de naciones estructuradas en el denominado *Nuevo Orden Europeo*. España debía procurarse un espacio en esta reorganización continental que le procurara en el futuro una posición privilegiada en los foros internacionales². Los contactos, pues, se establecieron con Hungría, Bulgaria, Rumanía, Polonia, Yugoslavia..., con quienes el Tercer Reich había pactado acuerdos de carácter económico o político, destinados a movilizar una economía de guerra. El Plan de Cuatro Años absorbía todos los recursos propios y necesitaba asegurarse el suministro de materias primas a través de una red de estados amigos en la cercana Europa, para evitar así, cualquier peligro de bloqueo marítimo como ocurrió en la Primera Guerra Mundial.

A partir de 1937 los militares sublevados se dispusieron a desplegar una actividad diplomática encaminada a conseguir el reconocimiento de jure y el aislamiento internacional del ejecutivo republicano. El área objetiva hacia donde dirigieron todos los esfuerzos en esta primera fase, fue la de aquéllos países dirigidos por líderes afines o sistemas políticos de tipo dictatorial o fascista; en este sentido la Europa central y oriental se conformaba como un espacio prioritario para la consecución del reconocimiento. La diplomacia española, procedente en gran parte de familias aristocráticas de ideología conservadora, católica y anticomunista, se alineó mayoritariamente en el bando franquista.

¹ Véase, entre otros, García Pérez, R.: *Franquismo y Tercer Reich. Las relaciones económicas hispano-alemanas durante la Segunda Guerra Mundial*. Ed. Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1994.

² Loff, M.: «El franquismo ante el Nuevo Orden Europeo (1938-1944): oportunidad histórica y adhesión voluntaria», pp. 235-252 de Tusell, J. y otros.: *La política exterior de España en el siglo XX*. Congreso Internacional, UNED, Madrid, 1997.

Esta adhesión supuso una ventaja importante respecto a la diplomacia republicana ya que contaban con experiencia acumulada de sus años de trabajo en las embajadas o legaciones.

Los procesos de reconocimiento de jure no fueron automáticos y atravesaron situaciones complicadas, derivados de la existencia en España del gobierno oficialmente constituido y todavía no derribado: la II República. En el caso de Checoslovaquia el asunto del reconocimiento fue complicado por la presencia en Praga del diplomático republicano Luis Jiménez de Asúa, figura muy respetada por las autoridades checas. El contexto internacional, sin embargo, operaba a favor del bando franquista: la Alemania nazi se hallaba en plena fase de expansionismo hacia el centro-oriente europeo. Después del *Anschluss* de Austria en marzo de 1938 y la consiguiente declaración de la incorporación austríaca al imperio del Reich, Hitler se dispuso a resolver la situación de la población alemana asentada en la región de los Sudetes. Londres y París se alarmaron ante la nueva ofensiva nazi pero aconsejaron a Praga que aceptara la amputación de parte de su territorio en beneficio de la paz. La Conferencia celebrada en Múnich a fines de septiembre, dio como resultado el traspaso de los Sudetes a la soberanía alemana y el desmembramiento del territorio de la única democracia en Europa central. Los acuerdos de Múnich, ratificados por las democracias occidentales, aportaban una nueva óptica al conflicto español. Definitivamente la II República española sería abandonada a su suerte por París y Londres, tal como había ocurrido con Checoslovaquia, como consecuencia de las promesas de Franco de mantenerse neutral en caso de que ocurriera un enfrentamiento bélico entre aquéllas y Berlín.

Una vez resuelta la condición de que Praga no abasteciera de armas a la España republicana y con el dato evidente del paulatino triunfo de las tropas franquistas en la conquista del territorio peninsular, a fines de enero de 1939 el gobierno checo decidió reconocer de jure al de Franco con el consiguiente nombramiento de representantes en las capitales respectivas. La conquista del *Lebensraum* para la Alemania nazi no cesó tras la anexión de los Sudetes. En marzo de 1939 Hitler ratificó la desaparición del estado checoslovaco con el apoyo a la independencia de Eslovaquia y la proclamación del nuevo status de la zona, en adelante *Protectorado de Bohemia y Moravia*, bajo circunscripción y autoridad germana.

Otro país hacia donde el gobierno de Burgos dirigió su atención fue Bulgaria. La monarquía búlgara, a cuya cabeza se hallaba el rey Boris III, se había inclinado hacia posturas dictatoriales desde 1935. Bulgaria optó por la neutralidad ante la guerra civil española pero permitió al representante franquista, Carlos Miranda, un amplio margen de actuación. Desde 1938, tras diversas vacilaciones derivadas del hecho de la existencia de diplomáticos búlgaros en zona republicana, Miranda impulsó las negociaciones para el intercambio de agentes con la zona franquista y el inmediato reconocimiento de jure. Problemas de presupuesto y temores del gobierno búlgaro en cuanto a tomar una decisión sin el apoyo de otros países de mayor peso internacional, condujeron al

retraso en el establecimiento de relaciones. Llegaron éstas en septiembre de 1938, una vez reconocido el control de la mayor parte del territorio nacional por las tropas de Franco, seguidas del reconocimiento de jure a principios de marzo de 1939.

Polonia presentó pocos obstáculos a las relaciones con la España franquista. Las simpatías del mariscal Pilsudski hacia los militares sublevados fueron obvias: los poderes dictatoriales, el apoyo del ejército..., eran algunos de los puntos que compartían el jefe del ejecutivo polaco y Franco. Desde el verano de 1937 Varsovia había manifestado su interés por el intercambio de agentes con Burgos y a tal efecto se habían efectuado visitas de representantes para fijar las condiciones de tales relaciones. En octubre de 1938 el gobierno polaco estableció una representación diplomática en España, acreditada con plena legalidad a principios de febrero de 1939, cuando se decretó el reconocimiento oficial del nuevo gobierno español.

Rumanía contaba desde los años veinte con un partido fascista llamado la Guardia de Hierro de contenido antisemita y patriótico. Los problemas de sucesión en la regencia, la inestabilidad política de entreguerras y la maltrecha economía, coadyuvaron al ascenso de la influencia fascista y a la aceptación del rey Carol como una monarquía dictatorial. Pedro Prat y Soutzo, diplomático acreditado en Bucarest, declaró pronto su adhesión a los militares sublevados en España e inició una intensa actividad política a favor de ese bando. La España Nacional se encontró con un magnífico aliado y gestor en Prat y Soutzo, de amplia experiencia en la sociedad rumana y conocido promotor de campañas antirrepublicanas. En febrero de 1938 había conseguido que la Entente Balcánica rompiera relaciones con el gobierno de Valencia y el intercambio de agentes comerciales entre Burgos y Bucarest. Sin embargo, el reconocimiento de jure tuvo que esperar al año siguiente, una vez que el rey Carol se aseguró de la actitud de los aliados de la Entente y el paradero de los refugiados en la embajada búlgara de Madrid.

La situación en Yugoslavia era bastante similar a la de sus vecinos. La Constitución de 1921 había quedado abolida y la dictadura sustituyó al régimen parlamentario desde que el rey Alejandro disolviera el Parlamento en enero de 1929. Las relaciones de Belgrado con Madrid durante la dictadura de Primo de Rivera y la II República fueron cordiales. El intercambio de agentes comerciales se produjo en septiembre de 1938 y el reconocimiento de jure ocurrió en marzo de 1939 tras la reunión de la Entente Balcánica con el inmediato nombramiento de representantes oficiales en Madrid y Belgrado.

En Hungría, el Almirante Horthy ejercía de Regente desde 1920 en un país que solicitaba la devolución del territorio amputado en virtud del Tratado de Trianon. La inclinación hacia la Alemania nazi fue una opción deliberadamente admitida por ser la única vía posible para la recuperación de los antiguos territorios de la Corona de San Esteban. El diplomático franquista Carlos Arcos y Cuadra, dimitido del gobierno republicano, gozaba de amplios poderes y capacidad de maniobra ante el gobierno húngaro. El reconocimiento de jure fue

inmediato en el caso de Hungría: la comunidad de intereses e identidad política entre los gobiernos italiano, austríaco y húngaro propiciaron el apoyo al bando franquista y su reconocimiento oficial en noviembre de 1937.

De este modo, cuando la guerra civil terminó, la España franquista disponía de sólidos socios además de la Alemania nazi y la Italia mussoliniana: Portugal de Salazar, algunas naciones iberoamericanas y los estados al centro y este de Europa se mostraban fieles partidarios del triunfador Caudillo. Junto a éstas, Gran Bretaña y Francia habían reconocido de jure al nuevo gobierno español el 27 de febrero de 1939.

¿QUÉ HACER AHORA? LA GUERRA HA ESTALLADO EN EUROPA

En abril de 1939 la España de Franco se disponía a iniciar las tareas propias de la reconstrucción nacional y de la implantación del Régimen en todo el territorio del estado. Las divergencias entre los distintos grupos de intereses de los vencedores en materia de política interior apenas si se vislumbraban en política exterior. La posguerra se iniciaba con interrogantes de difícil respuesta en la primavera de 1939: los planteamientos del ministro Jordana y del cada vez más importante Serrano Súñer; las consecuencias inmediatas de una eventual guerra europea para el desarrollo interno español... Había, sin embargo, un hecho crucial y evidente a la vista de todos: la creciente fascistización que registraban todos los ámbitos de la vida nacional.

La política interna y la exterior resultaban, a estas alturas, difíciles de abordar por separado. La situación en Europa era grave y el gabinete franquista se hallaba pendiente de lo que ocurría fuera de las fronteras por la posible repercusión dentro de las mismas, en un momento en el que España se encontraba en plena reconstrucción. La guerra estalló en septiembre de 1939 con la invasión nazi de Polonia, en lo que fue la última escalada de conquista del espacio vital alemán. El nuevo gobierno de Franco formado en agosto de 1939 se disponía a hacer frente a esta nueva circunstancia internacional que tan directamente influía al gobierno español. En septiembre se declara la más estricta neutralidad ante el conflicto, de igual modo a la actitud que en esos momentos había mantenido la vecina Italia. A Alemania le interesaba, en estas fechas, mantener una España bajo neutralidad colaborante que pudiera servir de base logística, diplomática y de aprovisionamiento de materias primas, al tiempo que podría promover posiciones pro-alemanas con los países de su entorno.

La mitad del viejo continente contaba con gobiernos de dictaduras fascistas ofreciendo una imagen que impregnó a la opinión pública: si las armas alemanas dominaban el continente europeo, era el momento de un cambio en la estructura del poder mundial a favor del Tercer Reich. España, cuyos gobernantes habían mostrado su identificación con las naciones del Eje, debía fijar el modelo político más afín a estas dictaduras ya existentes en la Europa coetánea.

El ministro Jordana se había inclinado hacia el neutralismo con ocasión de la Conferencia de Múnich y había intentado normalizar las relaciones con las potencias democráticas —el interés por el pacto con el ministro francés Bérard es una buena muestra de las intenciones de mantener relaciones cordiales con la vecina Francia—. La política de aproximación al Eje, especialmente a Italia, estaba representada por Serrano Súñer y fue reavivada tras el cese de las hostilidades en España con la apertura de una línea firme en política internacional que poco tenía que ver con los propósitos neutralistas de Jordana. Las visitas de Serrano Súñer y Ciano a Italia y España en la primavera y verano de 1939 lo anunciaban³. De hecho el gobierno formado en agosto de 1939 aparecía dominado por Franco y Serrano Súñer: el primero, personificando la victoria militar y como autor de la Nueva España; el segundo, como motor de la ascensión de Falange en el gobierno y como intermediario en asuntos internacionales.

ESPAÑA, PIEZA EN EL MOSAICO DEL NUEVO ORDEN EUROPEO

El Régimen debía perpetuarse por encima de los avatares de la política internacional y optaba por mantenerse al margen del conflicto aunque inserto en el marco ideológico y político del entramado de naciones con las que la Alemania nazi contaba para construir el *Nuevo Orden* en Europa. La Segunda Guerra Mundial estallaba en un momento inoportuno para el Régimen, pero en política exterior proporcionaba una dimensión interesante si el Eje lograba ganar la contienda: las autoridades franquistas pensaban que como aliada y amiga de Alemania tendrían la posibilidad de recuperar su imperio en el norte de África, Gibraltar, participar en la ordenación del antiguo continente y afianzar su dominio en Hispanoamérica⁴. Los ministros Beigbeder, Serrano Súñer, Jordana y Lequerica, responsables de la cartera de Exteriores en este período de posguerra, participaron de la idea de que España recuperaría su papel de potencia de primer orden si lograba adoptar un papel activo en la guerra⁵.

El gobierno entendía que el *Nuevo Orden* corregía las «injusticias» del Tratado de Versalles sobre los vencidos: fronteras, ubicación de minorías, res-

³ García Queipo de Llano, G.: «Franco y Mussolini entrevistados. La política exterior hispanoitaliana durante la guerra mundial», en Payne, G. y Contreras, D. (dir.): *España y la Segunda Guerra Mundial*. Edit. Complutense, Madrid, 1996.

⁴ La gran cantidad de publicaciones al respecto ratifican estas hipótesis: *Reivindicaciones de España* de Fernando M. Castiella y J.M Areilza; *España y el problema de Europa. Contribución a la Historia de la idea de Imperio*, de J. Beneyto, Editora Nacional, Madrid 1942; la *Revista de Estudios Políticos*, publicada en el Instituto de Estudios Políticos por primera vez en enero de 1941... Un estudio sobre la misma en Norling, S.E.. «La *Revista de Estudios Políticos*, 1941-1943. Un intento de elaboración de una doctrina en política exterior durante la Segunda guerra Mundial», en Tusell, J. y otros.: *La política exterior de España en el siglo XX*. Congreso Internacional, UNED, Madrid, 1997.

⁵ Véase Tusell, J.: «Los cuatro ministros de Asuntos Exteriores durante la Segunda Guerra Mundial», en *Espacio, Tiempo y Forma*, n.º 7, pp. 323-348. Madrid, 1994.

tricción de armamento, recortes a las soberanías. El Régimen de Franco pensaba que los tratados de 1919 eran un artificio que habían originado naciones como Checoslovaquia y habían destruido grandes imperios como el de Austria-Hungría. Esta sinrazón debía llegar a su fin en una Europa ordenada en grandes estados que hiciera frente al peligro universal que para Franco, Salazar, Horthy, Boris III, Antonescu o el propio Hitler, era el comunismo. De ahí el agrupamiento de regímenes con intereses tan dispares como la Francia de Vichy, Portugal, Bulgaria, Eslovaquia, Hungría, Rumanía, Croacia, etc., que sin un éxito militar consumado sobre las potencias aliadas, formaban un *Nuevo Orden* real en el continente europeo liderado por Berlin, *Estado Mayor* del mismo. Las democracias occidentales no tenían nada que ofrecer en un mundo que habían gobernado sin éxito; de ahí el avance de las potencias nazi-fascistas y su pujante batalla sobre los restos del liberalismo occidental.

El franquismo, por consiguiente, vio la oportunidad de revalorizar su papel internacional mediante la recuperación de su imperio norteafricano y de su puesto reservado en su misión universal hacia la aniquilación del bolchevismo. El Régimen español puso especial énfasis en destacar su carácter «nacional-sindicalista» y «ético-misional», como los rasgos originales que le distinguían del resto de los sistemas dictatoriales europeos.

Los militares sublevados consideraron que la colaboración hispano-alemana había arrojado resultados favorables para su victoria. De esta coyuntura se había heredado una satelización política que los dirigentes franquistas estimaron sumamente beneficiosa en el contexto de pertenencia al bloque del *Nuevo Orden Europeo* que permitía el desarrollo económico y político de sus miembros. De este modo se explica la orientación unilateral del comercio exterior desde 1939, por otro lado inevitable, como resultado de la abultada deuda de guerra contraída en los primeros meses de la guerra civil española.

LA INTERVENCIÓN EN EL CONFLICTO SE HACE NECESARIA

La evolución de los éxitos de los ejércitos del Eje forzó cambios de actitud entre los neutrales. Las victoriosas campañas sobre Polonia, Dinamarca, Luxemburgo, Holanda, Bélgica..., animaron a la Italia mussoliniana a abandonar su no-beligerancia por la entrada definitiva en la guerra en junio de 1940. Portugal solicitó una ratificación del decreto de neutralidad a las autoridades españolas a lo que se contestó con la nueva posición de «no beligerancia ante el conflicto» como confirmación del deseo de apoyo a sus amigos del Eje. La entrada italiana en guerra contra Francia en junio de 1940 coincidió con el paso de la neutralidad a la no beligerancia del gobierno español, es decir, Franco caminaba por la misma senda que su homónimo Mussolini en la fase previa a la declaración de guerra. Lo que hubo entre los dos países fue una imitación por parte española merced a la actitud de Falange y la amistad entre Ciano y Serrano Suñer. Los gobernantes italianos sentían que eran la autoridad en el Me-

diterráneo y sirvieron de mediadores entre Hitler y Franco a beneficio propio, puesto que Mussolini nunca defendió ante Hitler las reivindicaciones territoriales españolas.

Las conversaciones mantenidas a lo largo de 1940 y 1941 entre Serrano Suñer, Franco y Hitler sobre las condiciones y fechas de participación española en la guerra mundial, indicaban los propósitos de las autoridades sobre sus deseos de intervención, una vez solucionados los problemas relativos al abastecimiento y a la ayuda militar que necesitaba el ejército español. La voluntad decidida de intervención al lado del Eje derivaba del combate de esta facción hacia los enemigos de la España tradicional: liberalismo, comunismo, plutocracia, masonería, judaísmo. La indeterminación de Franco exasperó el ánimo del Führer y significó un enturbiamiento de las relaciones entre ambos mandatarios, hecho que no impidió la colaboración franquista con los nazis. Como último recurso, el envío de la División Azul venía a suplir la intervención militar al lado del Eje. Paralelamente, el gobierno español enviaba trabajadores a fábricas alemanas; procedía al abono en efectivo de parte de las deudas contraídas hasta 1939 y aceptaba un comercio prácticamente unidireccional cuyo beneficio directo iba fundamentalmente a Alemania. Esta opción política, que causó grandes estragos en la economía y la sociedad española, fue asumida libremente por los dirigentes del Nuevo Estado y fue una de las vías que más ayudó a la prolongación de la guerra a favor del Eje. Británicos y norteamericanos presionaron a Franco para que cesaran los envíos de wolframio y otras materias primas como síntoma del grave perjuicio que tales exportaciones les causaban.

La beligerancia española despertaba expectativas diferentes según los países: para Alemania, la participación subordinada de España en el conflicto era en realidad una oportunidad de extender su influencia económica de igual manera que lo había hecho con sus satélites, al tiempo que reforzaba su papel de proveedor de materias primas. Para España, la participación servía de argumento para lograr un puesto importante en el nuevo reparto de poder europeo, aunque Alemania consideraba que su intervención no constituía valor de cambio suficiente comparable a todas las peticiones imperialistas y económicas que el gobierno de Franco había planteado.

El Tercer Reich, además, no había acudido en ayuda del Régimen español cuando éste lo había necesitado. La negativa a la colaboración en el plan de reconstrucción postbélica, el rechazo al apoyo de la construcción del imperio norteafricano y la indiferencia manifestada a las peticiones de asistencia técnica a la industrialización española a través del INI, son algunos de los ejemplos más elocuentes de la pasividad germana ante las solicitudes hispanas. Resulta, por tanto, difícilmente entendible la insistencia de Franco y sus ministros en el mantenimiento de la estrecha alianza con la Alemania hitleriana si no es por los objetivos prioritarios de la supervivencia del Régimen por encima de otros intereses.

Un factor interno a tener en cuenta en la trayectoria de la política exterior de postguerra es el de la división en el seno del régimen, fruto de las divergencias

entre sus dirigentes. Militares y falangistas, profundamente nacionalistas, reclamaban en 1939 territorios respecto de Francia en el norte de África y se mostraban muy inclinados a intervenir en la guerra. Los militares monárquicos y britanófilos eran más conscientes de la incapacidad española y por tanto se mostraban contrarios a la intervención inmediata. Entre ellos existían recelos y acusaciones graves, resultado de las cuales fue el atentado de Begoña de 1942, donde se advirtió con claridad la difícil convivencia entre militares y falangistas.

LAS RELACIONES EXTERIORES EN LA FASE FINAL DE LA GUERRA MUNDIAL

Mientras que Europa se debatía entre las democracias y las dictaduras nazi-fascistas, el gobierno español asentaba relaciones diplomáticas con Portugal, Iberoamérica y las dictaduras centro-orientales, continuando con la tarea iniciada desde 1937.

Con respecto a Portugal el gobierno fomentó el estrechamiento de lazos a través de la firma de un «bloque latino neutral» como forma de crear una fuerza al sur de Europa unida en un pacto de defensa mutua y decididamente neutral. La política del Bloque Ibérico, estuvo sin embargo, ausente de grandes contenidos que no fueran las garantías mutuas de defensa, especialmente en la fase inicial de la guerra mundial cuando se temían posibles ataques nazis. En marzo de 1939 se firmó el Tratado de Amistad y No Agresión con Portugal y en julio de 1940 un Protocolo Adicional cuyo propósito era, por un lado, salvaguardar las fronteras occidentales impidiendo un posible desembarco británico; y por otro apartar a Portugal de su tradicional vinculación a Gran Bretaña. El anticomunismo, el catolicismo y la latinidad se convertirán en claves comunes en la retórica de los estados ibéricos para justificar su papel insustituible en la Nueva Europa. Franco y Salazar estarían inevitablemente unidos en la postguerra como únicos supervivientes de estados dictatoriales al sur de Europa⁶.

La idea de proyección hacia Iberoamérica procedía de aspiraciones heredadas desde los años veinte y la Segunda República: la creación de un área de influencia española en todo el continente. Con Franco vencedor de la guerra se pensó que su modelo político mezcla militar, conservador, falangista y católico, podría ser exportado y erigido en bloque contra la irrupción del comunismo o la instalación de democracias liberales. Este supuesto contenía un error en su proyección: no contaba con la influencia de los españoles republicanos emigrados, la extensión de sistemas democráticos en los años de la Segunda Gue-

⁶ Hipólito de la Torre Gómez.: «Salazarismo y franquismo: supervivencias solidarias en el orden de la segunda postguerra», pp. 79-96 de *España y la II Guerra Mundial. Bulletin d'Histoire Contemporaine de l'Espagne*. N.º 22, diciembre 1995.

rra Mundial y la progresión del ascendente norteamericano en las repúblicas. Los lazos de Franco hacia América Latina estaban siendo tendidos en una coyuntura adversa para los fascismos y en momentos en los que la opinión pública rechazaba propuestas de resurrección de imperios⁷.

Las relaciones con los países de Europa central y oriental satélites o aliados del Eje se desarrollaron en torno al hilo conductor del acercamiento político y los intercambios comerciales hasta 1943; a partir de esta fecha vendrían los distanciamientos y las rupturas. Checoslovaquia había desaparecido como estado soberano desde marzo de 1939 momento en el que una parte del territorio se había transformado en protectorado alemán y otra – Eslovaquia- se había proclamado nación independiente bajo los auspicios de Hitler. Con el Protectorado de Bohemia y Moravia se despachaba a través de la embajada española en Berlín y la embajada alemana en Madrid. Los intercambios comerciales, culturales y políticos duraron hasta 1945, fecha en la que los ejércitos del Eje evacuaron sus tropas de los territorios ocupados y la República Checoslovaca fue restaurada por la Alta Comisión Aliada. Las relaciones con Eslovaquia fueron estrechas como consecuencia de la profunda compenetración ideológica de sus jefes de estado: el General Franco y Monseñor Tiso se inspiraban en el anticomunismo y la tradición católica. Los acuerdos comerciales e intercambios políticos y culturales finalizaron cuando el final de la Guerra Mundial significó para Eslovaquia la desaparición como nación soberana y su absorción en la República Checoslovaca.

Con Hungría, hemos de destacar los paralelismos existentes entre el Regente Horthy y el General Franco especialmente en lo que se refiere a sus relaciones con el Führer. La gran actividad diplomática de las representaciones en Madrid y Budapest coadyuvaron a una intensa relación marcada por los acontecimientos en territorio magiar: la ocupación alemana de Hungría, el secuestro del Regente, la persecución de judíos, etc. Temas ante los que los diplomáticos de ambas nacionalidades reaccionaron con diferentes actitudes que originaron estrechamiento de relaciones o distanciamientos significativos. La amistad política entre Franco y Horthy desapareció cuando éste se vio obligado a salir de su país con la llegada del ejército rojo en 1945 y el paso a la órbita soviética de la nación magiar.

En relación a Polonia, las relaciones habían sido fructíferas con la España franquista desde que en 1937 se habían fijado acuerdos de importación/exportación de productos que beneficiaban a ambas partes. Pero las presiones de la embajada alemana en Madrid para que se procediera al cierre de la polaca no cesaron hasta que logró ver cumplidos sus deseos: el 21 de enero de 1942 el ministro de Exteriores Serrano Suñer ordenó el cierre de la legación, argumentando razones de funcionamiento anormal de los servicios que de ella dependían. Al parecer, el gobierno español tenía pruebas de conexiones y actividades

⁷ Véase, Pardo Sanz, R.: *Con Franco hacia el Imperio. La política exterior española en América Latina, 1939-1945*. UNED, Madrid, 1995.

de una organización polaca de espionaje con sede en la representación oficial en Madrid y este era hecho suficiente como para estimar convenientemente la ruptura de relaciones y el cese de toda actividad de sus funcionarios. A pesar de todo, las numerosas cuestiones pendientes —súbditos polacos en el campo de concentración de Miranda de Ebro, actividades comerciales, polacos residentes en España, etc.—, impidieron el cierre absoluto de la representación y de la ruptura de las relaciones con Varsovia, hasta que las tropas rusas llegaron a la capital y el estado quedó bajo control comunista.

La interrupción de relaciones con Belgrado se produjo en febrero de 1942 con motivo de las presiones de la embajada alemana en Madrid. El gobierno español había reconocido al nuevo estado independiente de Croacia en abril de 1941 de igual modo que lo había hecho Alemania, Italia, Japón, Hungría, Eslovaquia, Bulgaria y Rumanía. Esto significaba una incompatibilidad política y geográfica con el reconocimiento de un estado y un representante oficial yugoslavo. El triunfo de Jozef Broz Tito en la guerra civil yugoslava, significó el rechazo frontal al régimen de Franco y el apoyo a la República en el exilio.

La proximidad ideológica entre España y Rumania era evidente: el rey Carol había asumido poderes dictatoriales, Antonescu quedó convertido en *conducator* en 1940 y la Guardia de Hierro con Horia Shima al frente se manifestaba como un partido fascista. Rumania era un ejemplo a seguir para España: alguna de sus leyes y de los organismos del estado fueron analizados por los ministerios españoles para ver en qué medida se podían implantar en el Nuevo Estado franquista. Las relaciones con Bucarest fueron muy estrechas tanto económica como políticamente gracias a las gestiones realizadas por el diplomático español Pedro Prat y Soutzo, gran conocedor de la sociedad y la política rumanas. Sin embargo, las relaciones hispano-rumanas quedaron suspendidas en diciembre de 1944 como consecuencia de la ocupación soviética.

Cuando en mayo de 1945 se conoció la noticia de la rendición oficial del ejército alemán, Franco ya tenía un modelo preparado para satisfacción de los aliados: se trataba ahora de un gobierno ultracatólico, corporativista y profundamente anticomunista. De ahí su orientación hacia Portugal, Iberoamérica, el desarrollo del concepto *Hispanidad* y la aproximación a los países árabes como sustitutivos de sus antiguos aliados, ahora vencidos, de la Guerra Mundial. Del resultado de la guerra lo que más preocupaba a Franco era en qué posición quedaría él y su Régimen, como únicos supervivientes de la cadena de naciones con sistemas políticos antidemocráticos. Las conferencias de paz de Yalta y Postdam «enterraban» la idea del *Nuevo Orden Europeo* tal y como había sido concebido por la Alemania nazi. España, fiel seguidora de este concepto, quedaba ahora en una situación precaria en la sociedad internacional dispuesta a erradicar los restos de los fascismos. A partir de 1945 no sólo debía montar una nueva estrategia en política exterior, sino un argumentario que explicara ante los dirigentes aliados la actitud marcadamente germanófila del régimen español. Franco y Carrero Blanco se aprestaron a ello: utilizarían el alegato de la neutralidad española en la Guerra, el catolicismo y el probado an-

ticomunismo. Ante las acusaciones de los vencedores la consigna sería la de «orden, unidad y aguantar».

Es importante subrayar el hecho de que el período de guerra mundial coincidió con la etapa más represiva del Régimen tanto en el número de encarcelados como en el de ejecutados. La magnitud de la guerra europea y de la persecución de la Alemania nazi contra los judíos propició que la tragedia española de postguerra apenas pudiera compararse con la acaecida en la propia Alemania, Polonia, Hungría, Yugoslavia, Austria, Bulgaria, Checoslovaquia... La circunstancia bélica fue aprovechada por las autoridades españolas para hacer desaparecer a todos sus opositores sin apenas protesta internacional. La represión masiva de los vencidos de la guerra civil materializada en ejecuciones, consejos de guerra, encarcelamientos, responsabilidades políticas, exilio, etc., no fue lo suficientemente publicitada ni conocida por la opinión pública internacional, atenta ésta a los avances de los ejércitos contendientes en Europa. Los republicanos españoles encarcelados, ejecutados o exiliados eran de interés secundario en comparación con las campañas terrestres, aéreas o marítimas de los bandos en litigio que se jugaban el futuro del Viejo Continente.